

Viaje a la semilla

Un maestro inolvidable

HÉCTOR ABAD FACIOLINCE Y

OTROS AUTORES

Eafit, Medellín, 2017, 70 pp.

CRECE EL número de libros dedicados a los maestros y ello es indicativo de que constituyen una referencia benigna en una sociedad en crisis, como la colombiana. Se dirá que esta crisis es diacrónica y que parece por momentos irresoluble en varios aspectos. De acuerdo, pero tenemos un reparo frente a los escépticos de oficio: esa crisis cambia de matices y no está institucionalizada; para decirlo en jerga weberiana, no somos un país fallido. Sí tenemos “nudos” que no se han desenrollado, según lo indica esa gran investigadora de la realidad nacional que es María Emma Wills, y tal vez por eso vivimos la permanente sensación de que pasamos de un problema a otro, sin resolver nada de forma clara. Mas el país ha cambiado enormemente en setenta años —para bien, para mal— y muchos de los cambios positivos han sido favorecidos por un grupo de mujeres y hombres que a lo largo del país, en escuelas, colegios y universidades, públicos y privados, han resuelto reflexionar sobre lo que está pasando y en compañía de sus estudiantes se han propuesto aportar soluciones. Esas soluciones nacen en un salón de clase, y habría que recordar esto a los descreídos o a los que se lavan las manos hablando de la Colombia fracasada. Sí, por eso hay que confiar en la educación, hay que financiarla, hay que pensarla. Somos lo que la educación hace de nosotros, dice la consigna kantiana.

Este bello libro publicado por Eafit recoge doce perfiles de maestros antioqueños escritos por plumas de gran nivel, antecedidos por un prólogo del rector de la Universidad Eafit, Juan Luis Mejía, quien aclara la raíz del proyecto:

Todos hemos tenido un maestro, hombre o mujer, que nos dejó una impresión indeleble. Todos fuimos salvados y marcados de alguna manera por la palabra, los gestos y el trato de quien, en un aula de clase o fuera de ella, nos entregó lo mejor

que podía, la posibilidad de la pregunta, la magia de los descubrimientos, y la alegría de compartir la pasión por el conocimiento y la bendita curiosidad. (p. 7)

Mejía utiliza palabras de origen cristiano (“salvados”, “magia”, “pasión”) y también del ámbito de la Ilustración (“pregunta”, “descubrimiento”, “curiosidad”) para definir la tarea del maestro. La imagen que queda del párrafo es que los buenos maestros son impulsores, atentos observadores de las potencialidades de sus estudiantes, y también seres para la apertura y el diálogo. La apertura, porque sin ella se consolidaría el dogma y el seguimiento de una fe ciega, sin duda destructiva; el diálogo, porque es el que permite construir la empatía, descubrir lo “otro” y abrir el horizonte humano. La “certeza sensible” no es lo único que existe. El mundo va más allá del letárgico primer plano y tiene capas diversas que maestro y estudiante descubren de manera compartida. Por eso la primera oración es clave para entender la diferencia entre los buenos maestros y los profesores que llanamente dan clase. “Todos hemos tenido un maestro, hombre o mujer, que nos dejó una impresión indeleble”. Esa es la razón de ser de los buenos maestros: dejar una impresión indeleble. Mas esa “impresión” no es gestual o egocéntrica, sino la construcción progresiva de una semilla (invisible al principio) que deviene en la configuración autónoma de un estudiante. Los maestros contribuyen —contribuimos— a formar seres libres que elaboran su identidad particular de manera meditada, y crecen para participar en el ágora democrática de manera crítica.

En *Un maestro inolvidable* podemos apreciar ejemplos de lo anterior. El escritor y gestor cultural Juan Diego Mejía recuerda a ese gran maestro que fue el también gran cuentista y novelista Manuel Mejía Vallejo. Él dejaba una impresión indeleble cuando bajaba de su finca y llegaba a la Biblioteca Pública Piloto en Medellín con un vaso de ron en la mano. La imagen es poderosa y arbitraria con respecto al canon del profesor convencional que suelen mostrar las fotografías escolares antiguas. Aquí lo que importa es valorar cómo un jovencito que acaba de salir de una

guerrilla maoísta llega a un taller de escritura en una biblioteca pública y hace catarsis de su dolor y sensación de fracaso político en relatos que discute con el maestro y este lo libera de sus miedos arrojándole una frase que lo reta: “Te jodiste, maestro. Este es un oficio que no da descanso” (p. 39). Los maestros inolvidables también se resumen en frases redondas: “No se trataba de enseñar a escribir, sino de ahorrarnos años de equivocaciones y de búsquedas sin norte” (p. 38).

Otro gran ejemplo, aunque en otra orientación, es el del gran empresario e historiador Nicanor Restrepo Santamaría. Restrepo no fue maestro de universidad; su campo de intervención pedagógica fue el mundo empresarial. Carlos Enrique Piedrahíta, quien lo recuerda con especial afecto, evoca al maestro empírico —Restrepo no estudió pedagogía— que literalmente da clase, no solo de economía sino de vida, en cada encuentro con el empleado, que progresivamente se convierte en discípulo y luego en amigo del jefe:

Planteábamos la disyuntiva, él facilitaba el análisis al traer los elementos relevantes con simplicidad y sindéresis en la que la decisión surgía casi sola, con una obviedad arrolladora. Si en la lista del papeliño llevaba un caso de un problema, o peor aún, de una embarrada, lo primero que hacía era distensionar mi preocupación, con una anécdota graciosa pero que podía incluir una enseñanza sobre el tema a tratar y que estábamos analizando, para luego abordarlo con serenidad y sabiduría. (p. 45)

El libro tiene momentos divertidos, pero también dramáticos. Hay buen humor y galantería cuando la pianista Ana María Orduz recuerda a su profesor Javier Franco y dice: “Soy pianista porque me enamoré de mi profesor de piano del colegio”. Para luego aclarar: “No fue un amor erótico, me enamoré como se enamora un pupilo de su maestro” (p. 41). Y también aparecen reflexiones dolorosas como la que hace Héctor Abad sobre su profesora de kínder, Lida Ruth Espinosa, al descubrir que los datos sobre ella son los que las entidades públicas registran de modo tan frío: fechas de nacimiento y muerte, número de cédula, notaría

RELATOS		RESEÑAS
<p>donde está su registro de defunción y un número de teléfono en el que ya nadie contesta.</p> <p>Si bien la intención de <i>Un maestro inolvidable</i> no es académica, podemos encontrar en los perfiles de los buenos maestros huellas para comprender diversos aspectos de la educación entre 1950 y 1990. Primero, cómo eran físicamente los espacios donde se estudiaba. La escuela donde estudia de niño el director de teatro Jorge Blandón es pobrísima, pero los niños adoran el espacio y lo cuidan y decoran porque saben que es un lugar importante para sus vidas, y que allí está el maestro Luis Restrepo, quien luego será reconstruido en la memoria a través del rito proustiano del té y la magdalena: “Este, con voz cálida y firme, los invita a ponerse de pie y a mirar en el tablero, en el que estaba escrita una nueva canción con una bella y perfecta caligrafía” (p. 25).</p> <p>Segundo, los métodos de enseñanza de la lectura y la escritura. El maestro del médico Juan Fernando Uribe, don Javier Franco, enseña la caligrafía con la cartilla Palmer, un método que insistía en la idea de que escribir consistía en desarrollar una caligrafía armoniosa. La profesora de Héctor Abad, Lida Espinosa, reproduce los métodos griegos del deletreo, bajo el principio de que si los niños aprendían el nombre de las letras y su sonido, podrían entender el sistema alfabético. Hoy ambos métodos hacen parte de la arqueología de saberes educativos problemáticos de la primera parte del siglo XX en el mundo hispánico, si bien veo con asombro que residuos de esas didácticas se reproducen todavía hoy en preescolares y primeros grados de primaria.</p> <p>Tercero, la importancia de la oralidad en la vida del maestro. Ya George Steiner en <i>Lecciones de los maestros</i> (2003) destacó que los grandes maestros antiguos (Sócrates, Buda, Cristo) acudían a la palabra hablada para cautivar a sus oyentes. Así también Nicanor Restrepo encanta con sus lecciones matizadas con anécdotas, chistes y referencias literarias; Mejía Vallejo comenta los textos de tú a tú con los asistentes a su taller de escritura de la Piloto; Beatriz Restrepo Gallego oye, persuade y corrige los argumentos de sus estudiantes mien-</p>	<p>tras conversa con ellos; Jorge Alberto Naranjo toma un tópico de historia de la ciencia y durante dos horas de discurso hipnótico lo desarrolla sin mirar un papel.</p> <p>Es claro también que todos los maestros retratados en este libro tenían tics, neurosis y amaneramientos que no solo les daban un aire excéntrico, sino que reflejaban una ética de vida profesional y una estética pedagógica. Manuel Mejía Vallejo y Nicanor Restrepo comparten el ser maestros que rompen la convencionalidad y acuden al humor para acercar a sus estudiantes, pero también les ponen retos con el fin de verlos crecer en su individualidad. Fernando González es arrasador para atraer fans y por eso su exdiscípula María Helena Uribe asume con el paso de los años una actitud distanciada, pues necesita formar su propio yo, libre de las impresiones que deja el maestro. La profesora de lectura y escritura de Héctor Abad es una mujer católica, prudente, entregada a la labor magisterial, que espera de sus niños risas y la sorpresa de verlos leer en voz alta un texto. Están los profesores regañones como don Javier, que luego extienden la mano para felicitar a un alumno que ha hecho un descubrimiento ecológico durante una salida al río Medellín. O el lasallista Miguel Domínguez, que se opone a la pseudoética de “haz plata como sea” y lleva a sus estudiantes a conocer pueblos campesinos mientras los invita a discutir los problemas de pobreza a la luz de la teología de la liberación.</p> <p>Una vida sin presencia de grandes maestros sería una vida nula, incierta, pues, en palabras del gran psicólogo ruso Lev Vygotsky, ellos reinventan el mundo para los niños y jóvenes, y a su vez actualizan la posibilidad de crearlo nuevamente. Este libro tan cuidado —en su formato, su carátula y viñetas, su tipografía— reivindica el valor de los profesores colombianos como protagonistas esenciales en la construcción del concepto de nación y ratifica la tesis de Patricia Londoño en <i>Religión, cultura y sociedad en Colombia. Medellín y Antioquia, 1850-1930</i>, según la cual los maestros —en el caso que ella señala, de los pertenecientes a comunidades religiosas católicas— cumplieron y siguen cumpliendo un papel fundamental en la configuración</p>	<p>de Antioquia como cuna de cambios educativos y vanguardia cultural y económica del país.</p> <p style="text-align: right;">Carlos Sánchez Lozano</p>